



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

John



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

Día 30 de mayo a las 11:30 horas

Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

“Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,
QUERIDO ÍÑIGO, PADRINO DE LA PROMOCIÓN,
QUERIDA ALEJANDRA, REPRESENTANTE DE LOS ALUMNOS,
QUERIDAS FAMILIAS,
VICERRECTORES, DECANOS Y DIRECTORES,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES Y PAS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

¿Qué estamos celebrando hoy? Pues ya lo recordó Alejandra: horas de estudio, trabajos entregados de madrugada, exámenes que parecían imposibles, decisiones difíciles, cambios de rumbo, dudas, aprendizajes y también amistades, descubrimientos y momentos que probablemente recordaréis toda la vida. Hoy celebramos un hito importante, la culminación de un recorrido exigente y transformador.

Queridos graduados, enhorabuena. La beca que habéis recibido no es una bufanda de un equipo deportivo, no es una servilleta a la que se da vueltas cuando entran en un banquete los novios; es el símbolo, el testimonio de vuestro esfuerzo, de todo lo que os ha traído hasta aquí, la perseverancia. Esta ceremonia es símbolo de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos.

Como los oradores anteriores, quiero dar las gracias a quienes muchas veces viven esta graduación casi con la misma intensidad que vosotros: vuestras familias, quienes os han sostenido hasta aquí, como nos recordaban en el vídeo, “mamá, la última mensualidad...”, cuando ni siquiera vosotros estabais seguros de poder llegar hasta aquí. Para todos ellos os pido ahora un aplauso.

Gracias también a vosotros, profesores, profesoras e investigadores, que no solo habéis sabido transmitir conocimientos, sino que habéis acompañado a estos alumnos hasta este momento, haciéndoles no solo preguntas sobre las asignaturas, sino preguntas que les hayan despertado a la vida y al sentido de la misma.

Alejandra, te estoy muy agradecido por tus palabras de reconocimiento al personal de la casa, porque la Universidad funciona gracias a que mucha gente cotidianamente entrega su trabajo de manera callada: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, becas, aulas, plataformas, incidencias informáticas, mantenimiento, seguridad, protocolo, comunicación. Si nuestra Universidad funciona, es por ellos, que casi nunca reciben aplausos. Los habéis tenido aquí por la mañana mientras os recibían, os asignaban los sitios de los coches, os acompañaban hasta aquí; nos cuidan entre nosotros. Ahora ellos han conducido también la celebración. Eso es expresión de lo que han hecho durante todos estos años en los que habéis estado aquí: recibirlos, acompañarlos, cuidarlos. Para ellos también os pido un aplauso.

Nadie se gradúa solo, nadie llega solo hasta aquí. La Universidad puede parecer a veces una experiencia individual —mis notas, mi carrera, mi futuro—, pero si lo pensamos bien, en realidad toda vida es vida compartida. Aprendemos gracias a otros, crecemos gracias a otros, nos sostenemos gracias a otros, nos hacemos unos a otros. Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero, aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo, descubrimos quiénes somos gracias a la mirada, al cuidado y también, como nos recordó Íñigo, a la exigencia de los demás. Incluso nuestra libertad, el que podamos hacer cosas, depende de una red previa de afectos, instituciones y personas que hacen posible que crezcamos. Pensar que uno puede construirse solo no solo es falso, es peligroso. Produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias; produce sociedades donde todos compiten, pero nadie se siente responsable; produce personas capaces de triunfar y, al mismo tiempo, incapaces de pertenecer.

Como nos recordaba Alejandra, una de las cosas que tiene esta Universidad es que reconoce que la excelencia nunca es una aventura solitaria.

San Francisco Javier, uno de los santos más conocidos de la Compañía de Jesús, uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, de aquel primer grupo que se llamó Amigos en el Señor, pasó gran parte de su vida viajando solo. Cruzó océanos, aprendió lenguas desconocidas, llegó hasta los confines de Asia y murió lejos de su tierra, mirando hacia China, a la que nunca llegó a pisar.

Y, sin embargo, San Francisco Javier nunca se entendió a sí mismo como alguien aislado. Antes de partir, Ignacio y sus compañeros habían formado una comunidad tan profunda que Javier llevaba consigo un recuerdo extraordinario: antes de partir, primero de Roma y después de Lisboa hacia las Indias, recortó de las cartas que tenía las firmas de sus compañeros, las metió en una cajita y se la cosió a la sotana, encima del corazón, donde lleváis vosotros ahora el escudo de la Universidad. Era como si quisiera recordar que, en cada tormenta, en cada puerto desconocido, que incluso cuando uno parece caminar solo, nunca deja de llevar consigo a quienes le dieron fuerza y sentido de pertenencia. Esta puede ser otra de las lecciones para quienes hoy os graduáis. La vida nos llevará lejos, a otras ciudades, otros trabajos, otros países, nuevas responsabilidades y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero, como insistió Íñigo en su discurso, ojalá recordéis que ya lleváis una comunidad inscrita en vuestro corazón.

Lleváis las voces de quienes os educaron, el afecto de quienes caminaron a vuestro lado y el ejemplo de quienes creyeron en vosotros incluso antes de que vosotros mismos lo hicierais. Porque el verdadero éxito de la vida, a lo mejor, no consiste simplemente en llegar lejos, sino en convertirnos para otros en esa misma clase de presencia que un día hizo posible vuestro propio camino.

Íñigo nos recordó también que la excelencia es una de las palabras más queridas de la espiritualidad y de la educación ignaciana. Esta Universidad tiene como uno de sus lemas el valor de la excelencia.

Hay que leer bien lo que significa excelencia. Como él nos dijo, no solo son los resultados —un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento—. Podemos entender la excelencia como una exigencia permanente de superación, como la obligación de estar siempre dando más. Estas visiones son insuficientes. Porque la primera reduce la excelencia a utilidad y rendimiento; la segunda la convierte en una lógica de autoafirmación y perfeccionismo. En la tradición universitaria jesuita hablamos de excelencia humana integral: formar a la persona entera — inteligencia, afectividad, libertad, sentido ético, capacidad de relación y apertura a los demás—.

La formulación clásica lo resume muy bien, como nos recordó una alumna en el vídeo: formar hombres y mujeres para los demás. Y cuando vayáis por el mundo y os encontréis con uno de los 3000 colegios que tiene la Compañía de Jesús o las más de 200 universidades que tenemos en los cinco continentes, encontraréis siempre este lema. Por supuesto que hace falta competencia, exigencia y rigor. Sin ellos no podremos afrontar los problemas del mundo con seriedad y con garantías de éxito. El mundo necesita soluciones, sin duda, pero la verdadera excelencia comienza cuando vuestro talento se convierte en servicio.

Si los que estamos aquí, ya de este lado, peinando canas, nos acordamos de cuando estábamos en vuestro lugar, tenemos también que reconocer que este momento puede producir un poco de vértigo. Fuera de aquí, más allá de las paredes de la Universidad, nadie os garantiza trayectorias lineales. Habrá incertidumbre, cambios, errores, decisiones equivocadas, como nos recordaba también Íñigo, y fracasos. Ojalá os hayamos enseñado que fracasar no os convierte en un fracaso. Vivimos en una cultura que premia mucho la apariencia de seguridad, pero la vida adulta suele consistir más bien en aprender a avanzar sin garantías completas.

Hay una escena de la película Project Hail Mary (Proyecto Ave María), recientemente convertida en película, que me parece especialmente iluminadora para un día como hoy. Quienes la hayáis visto recordaréis cómo el protagonista descubre que es la única persona capaz de

embarcarse en una misión para salvar la humanidad y, cuando llega el momento decisivo, responde con absoluta honestidad: “no soy suficientemente valiente”. Y entonces la directora del proyecto le da esta respuesta: “nadie es suficientemente valiente para algo así, tendrás que encontrar por qué ser valiente”. Creo que esta frase resume muy bien lo que significa vivir con propósito. No estamos aquí porque no tengamos miedo al futuro —lo tenemos todos—. La diferencia la marca aquello o aquellos por quienes decidimos avanzar de todos modos. Las familias que formaréis, las personas a las que cuidaréis, los alumnos a los que enseñaréis, las organizaciones que ayudaréis a transformar, las personas cuya vida quizá cambie gracias a vuestro trabajo: el coraje rara vez nace de la ausencia de miedo; casi siempre nace del amor, de la responsabilidad y del compromiso.

Por eso espero que vuestro paso por esta Universidad no os haya preparado solo para tener una profesión, sino también para ayudaros a haceros preguntas importantes: qué tipo de persona queréis ser, qué clase de sociedad queréis ayudar a construir, a quién servirá vuestro talento y vuestro trabajo. Para responder a estas preguntas hay que meterse en la vida, porque no se responden desde un despacho. No tengáis miedo de implicaros, participad en todo lo que podáis, defended a los que no tienen voz, involucraos en vuestras comunidades, en asociaciones, en iniciativas sociales, en proyectos políticos honestos, en espacios de encuentro y reconciliación. El mundo y vosotros cambiaréis cuando dejéis de ser espectadores.

Muchas gracias y enhorabuena.

Día 30 de mayo de 2026 | Universidad Pontificia Comillas